



as: inapreciadas por esos mayores que gradúan las emociones con miedo a «lo sentimental» olvidando las palabras de Jesucristo: «Al que escandalizare a alguno de estos pequeñitos que crecen en Mí, mucho mejor le fuera que le ataran al cuello una de esas ruedas de molino que mueven un asno, y le echaran al mar».

En el hogar, el hijo es ya una esperanza, un augurio de su marcha de mañana por la vida dura. Ilusión y, a la vez, renunciación total para sus padres de muchas ilusiones; pero, ¿de qué manera compensan ellos estas ilusiones fallidas!

Con sólo echar un poco la vista atrás, todo eso tan grande que se llama hogar está presentado, en una pintura excelsa, en una casa humilde que hubo en Nazaret. ¿Y queremos mejor ejemplo?

La tierra es valle de lágrimas; la vida, dura y aspera, un dolor; pero son también—la tierra, la vida—recompensa y compensación, porque tal vez sin ellas mataría el dolor. Y así es todo en el mundo, dolor y gozo, como en la casa de Nazaret; dolor y gozo de quienes tenían un hijo—sí, pero nada menos que todo un Dios—a su santa tutela.

Dolor de José ante la pobre cuna de un pesebre para su niño maravilloso, para el que todas las riquezas del mundo fueran mezquina cosa; ¿y no piensan igual todos los padres? Dolor de creerlo perdido para siempre y gozo de verlo aparecer de nuevo a la hora feliz del tercer día. Inmenso dolor del éxodo hacia las extranjeras tierras de Egipto, abandonando el pobre hogar y muchas esperanzas con angustias de persecución y peligros para el hijo, oculto como malhechor que huye. Insuperable dolor ante la tremenda profecía de Simeón, que anunciaba para el hijo unos sufrimientos futuros que se salían de toda órbita de medida.

Pero al lado de tanto dolor, el gozo—corto en el tiempo, infinito en la extensión—de aquel hogar santificado y lleno de promesas. Porque el hijo—Aquél y los demás—es sobre todo bendición de Dios, que así tapa la vida de vacíos y tinieblas; y fe. Imprescindible fe de los padres hacia el hijo, porque sin fe, ¿qué sería de la obra?

Sería como dejar el cuerpo roto, impotente para cualquier impulso, y mejor que esto, pobres padres que tal les ocurriese, la piedra del molino para su cuello. Mil veces mejor.

DIVINIDAD

Precisamente por causa de aquella fe perdida vino Dios a la tierra en la excelsa figura de Hijo, con las mismas penas (Continúa en la página 82.)

